

ficio otomano, que tuvo su primer golpe de gracia en la reforma de Mahmud y que de día en día, piedra por piedra, se arruina y se trasforma. Es preciso venir al Gran Bazar y clavar la mirada en el fondo de las tiendecillas más oscuras de la callejuela más apartada, para encontrar los viejos turbantes enormes del tiempo de Soliman, de la forma de cúpula de mezquita; la cara impassible, los ojos de vidrio, la nariz de pico de loro, la larga barba blanca, los antiguos caftanes naranjados y purpúreos, los grandes calzones de mil estrechos pliegues alrededor de la cintura y de los jáiques desmesurados, el continente altanero y triste del antiguo pueblo dominador, la cara embrutecida por el ópio é iluminada por el sentimiento de una fé ardiente.

Allí están, en el fondo de sus covachuelas, con los brazos y las piernas cruzadas, inmóviles y graves como ídolos y esperando, sin abrir la boca, á los compradores predestinados. Si la cosa vá bien, murmuran:—*¡Mach Alláh!*—¡Dios sea loado!—Si van mal:—*¡Olsun!*—¡Cómo ha de ser!—*¡Amen!*—y doblan resignados la cabeza.

Algunos leen el Coran, otros estrujan entre los dedos las cuentecillas del *tespí*, murmurando distraidamente los cien epítetos de Alá; otros que han hecho buen negocio, *beben su narguilé*, para decirlo con la expresion turca, volviendo lentamente alrededor una mirada voluptuosa y llena

de sueño; otros están inclinados, con los ojos medio cerrados y la frente arrugada, como ocupándose en profundos pensamientos. ¿En qué piensan? Tal vez en su hijo, muerto bajo los muros de Sebastopol, ó en su caravana dispersa, ó en su voluptuosidad perdida, ó en los jardines eternos prometidos por el Profeta, donde á la sombra de las palmeras y de los granados, se desposarán con las vírgenes de los ojos negros, que ni el hombre ni el génio han profanado jamás!

Todos tienen algo de hermoso, todos son pintorescos; cada tienda es el marco de un cuadro lleno de colores y de pensamientos que trae á la mente la historia entera de una vida aventurera y fantástica.

Este hombre seco y bronceado, de contornos salientes, es un árabe que ha guiado él mismo, desde el fondo de su pátria lejana, sus camellos cargados de piedras preciosas y de alabastro, y ha escuchado más de una vez silbar en sus orejas las balas de los ladrones del desierto.

Este otro del turbante amarillo y del aspecto señorial, ha atravesado á caballo las soledades de Siria, llevando la seda de Tiro y de Sidonia.

Este negro, con la cabeza envuelta en un viejo chal de Persia, con la frente surcada de cicatrices que le hicieron los nigromantes para salvarlo de la muerte, que tiene la frente erguida como si mirase todavía la cabeza de los colosos de Te-

bas y las cimas de las Pirámides, ha venido de la Nubia.

Este bello moro de la cara pálida y de los ojos negros, envuelto en blanquísima capa, ha traído sus jáiques y sus tapetes y sus tapices desde la última falda occidental de la cadena del Atlante.

Este turco del turbante verde y del rostro estenuado, ha hecho este mismo año la peregrinación, ha visto á sus parientes y amigos morir de sed en medio de las llanuras interminables del Asia Menor y llegado á la Meca al fin, ha dado siete vueltas arrastrándose alrededor de la Kaaba, y ha caído en deliquio, cubriendo de besos furiosos la Piedra negra.

Este coloso del rostro blanco, de las cejas arqueadas, de los ojos fulgurantes, que mejor parece guerrero que mercader, y respira en toda su figura la ambición y el orgullo, ha traído sus pellicas desde las regiones setentrionales del Cáucaso, donde, en sus buenos tiempos, hizo caer la cabeza á más de un cosaco.

Y este pobre mercader de lana de la cara delgada y de los ojos pequeños y oblicuos, corpulento y rudo como un atleta, no hace mucho tiempo que entonaba sus plegarias á la sombra de la inmensa cúpula que protege el sepulcro de Timur; partió de Samarkanda, atravesó el desierto de la Gran Bucaria, pasó á través de las hordas de los turcomanes, cruzó rápido el Mar Muerto

y huyendo de las balas de los circasianos, ha dado gracias á Alá en la mezquita de Trebisonda y venido á buscar fortuna á Stambul, de donde volverá viejo, al fondo de su Tartaria, cuyo recuerdo conserva siempre en el corazón.

Uno de los bazares más espléndidos, es el bazar del calzado, y aún el que despierta más deseos en la cabeza.

Lo constituyen dos filas de tiendas resplandecientes que dan á la calle el aspecto de salón de palacio, ó de uno de aquellos jardines de la leyenda árabe, en los que los árboles tienen las hojas de oro y las flores de perlas.

Allí podrían calzarse todos los piececitos de todas las córtes de Asia y de Europa.

Las paredes están cubiertas de pantuflas de terciopelo, de piel, de brocado, de raso de los colores más exajerados y de las formas más caprichosas, ornadas de filigrana, brillantes, embellecidos con lazos de seda y de plumas de cisne, con estrellas y flores de plata y oro, cubiertas de intrincados arabescos que no dejan ver el tejido y salpicadas de zafiros y esmeraldas.

Allí las hay para la esposa del barquero y para la bella del Sultán; desde cinco hasta mil pesetas el par; allí están los chapines de tafilete

que pisan el empedrado de Pera, las babuchas que se deslizan sobre los tapices del haren, los zuecos que hacen resonar el mármol de los baños imperiales, los zapatitos de raso blanco sobre los cuales se posaron los ardientes labios del Bajá, y tal vez, algun par de chinelas con perlas que esperan cada mañana el despertar de una bella georgiana, junto al lecho del Gran Señor.

Pero, ¿qué piés podrán entrar en aquellas babuchas? Allí no hay más que calzado cortado á la medida de los piés de las huríes y de las hadas: largos como una hoja de lirio, anchos como una hoja de rosa; de una pequeñez capaz de hacer desesperar á toda Andalucía, y de una gracia que hace delirar. No son babuchas, sino joyas dignas de tenerse sobre el velador; cajas para guardar los dulces ó los billetes de amor. No puede imaginarse que sea un pié lo que allí se coloque, sin desear tenerlo un mes entre las manos, abrumándole á preguntas y caricias.

Este bazar es uno de los más frecuentados por los extranjeros.

En él se ven grupos de jóvenes europeos, que llevan en un pedazo de papel la medida de un pié italiano ó francés de cuya posesion se sienten orgullosos, y que hacen un gesto de estupor ó de despecho reconociendo que excede la longitud de la medida, de la de cierta babucha, sobre la cual pusieron los ojos.

Otros que al pedir el precio y escuchando un trabucazo, echan á correr sin contestar palabra.

Aquí tambien se detienen las grandes señoras musulmanas, las *hanum* de los grandes velos blancos, y ocurre á menudo cojer al vuelo, pasando, algun fragmento de sus largos diálogos con los vendedores, alguna palabra armoniosa de su bella lengua, pronunciada con voz clara y dulce que acaricia el oido como el sonido de un laud.

—*Bunî catscia verersin?*—¿Cuánto vale esto?
—*Pahallî dir.*—Es muy caro.—*Ziadé veremém.*
—No doy más. Y despues una carcajada juvenil y sonora que dá gana de tirarle un pellizco en la mejilla y despues acariciarla con una palmadita.

El bazar más rico y más pintoresco es el de las armas. No es un bazar, es un museo exuberante de tesoros, lleno de memorias y de imágenes, que trasportan el pensamiento á las regiones de la historia y de la leyenda y despiertan un sentimiento indescriptible de maravilla y de extrañeza.

Todas las armas más raras, más espantosas y más feroces que han sido blandidas desde la Meca al Danubio en defensa del islamismo, están allí colgadas y cruzadas, como si las hubiesen colocado poco antes las manos de los feroces soldados de Mahomet y de Selim.

Parece que se ven brillar entre las hojas los ojos inyectados en sangre de aquellos formidables sultanes, de aquellos nervudos genizaros, de aquellos *spahís* (1), de aquellos *azab* (2), de aquellos *sildar* (3), sin compasion y sin miedo, que sembraron el Asia Menor y la Europa de cabezas cortadas y de mutilados cuerpos.

Ved allí aquellas cimitarras famosas que cortaban las plumas en el aire y rebanaban las orejas á los embajadores insolentes; ved la pesada gümía, que de un golpe hendía el cráneo y destrozaba el corazon; la maza que trituraba los cascós sérvios y húngaros; los *yatagán* de mango incrustado de marfil y salpicado de amatistas y rubíes, que servían para grabar en la hoja el número de las cabezas cortadas; el puñal, de vaina de terciopelo y raso, con contera de plata, con mango de ágata y marfil, ornado con granates, coral y turquesas, historiado de versículos del Coran en letras de oro, con la hoja corva y retorcida que parece buscar un corazon.

¿Quién sabe si en esta armería terrible y confusa, existe la cimitarra de Orcan ó el sable de

(1) Spahí, soldado de caballería; tropa indisciplinada organizada por Murad I.—Tambien se llama en Argelia *spahí* á los soldados indígenas de á caballo organizados por Francia.

(2) Verdugos organizados en cierta forma militar.

(3) Otra especie de milicias irregulares.

madera, con el cual el poderoso brazo de Abd-el-Murad, el dervis-guerrero, partía de un golpe la cabeza; ó el famoso yatagán, con el que el Sultan Musa dividió de un corte á Hassan, desde el hombro hasta el corazon; ó el sable enorme del gigantesco búlgaro, que apoyó la primera escala en los muros de Constantinopla; ó la maza con la que Mahomet II mató al soldado ladron bajo la bóveda de Santa Sofía; ó el gran sable damasquinado de Scanderberg, que dividió en dos á Firuz-Bajá, bajo los muros de Stetigrad?

Las más formidables destrucciones y las más horrendas muertes de la historia otomana vienen á la mente, y parece en realidad que sobre aquellas hojas debe estar latente aquella sangre y que el viejo turco arrinconado en aquella tienda, haya recojido armas y cadáveres sobre el terreno de la catástrofe y conserve todavía los esqueletos en algun rincón oscuro.

En medio de las armas, hállanse tambien las grandes monturas de terciopelo escarlata y celeste, recamadas de estrellas y medias-lunas de oro y de perlas, los empenachados frontales, los bocados de plata niquelada y las gualdrapas espléndidas, como mantos reales: arreos de caballos de las *Mil y una noches*, hechos para la entrada triunfal de un rey de génios, en una ciudad dorada del mundo de los sueños.

Por encima de estos tesoros están suspendidos

de las paredes, viejos mosquetes de rueda y de mecha, grandes pistolas albanesas, larguísimos fusiles árabes, labrados como joyas, escudos antiguos de concha y de piel de hipopótamo, mallas circasianas, escudos cosacos, celadas mongólicas, arcos turcos, cuchillos de verdugo, machetes de forma siniestra, cada una de las cuales, parece la revelacion de un delito, ó hace pensar en los tormentos de una agonía.

En medio de este aparato amenazador y magnífico, se sientan con las piernas cruzadas, los mercaderes más genuinamente turcos del Gran Bazar, viejos la mayor parte, de aspecto tétrico, delgados como anacoretas y orgullosos como Sultanes; fachas de otros siglos, vestidos á la usanza de los primeros otomanos, resucitados del sepulcro para aconsejar á sus descendientes pervertidos, la austeridad de la raza antigua.

Otro bazar digno de verse, es el de los trajes viejos. Allí se hubiera domiciliado Rembrant y hubiera gastado Goya su última peseta.

Quien no haya visto jamás una tienda de trapero oriental, no puede imaginar qué extravagancia de retazos, qué pompa de colores, qué ironía de contrastes, qué espectáculo al mismo tiempo carnavalesco, lúgubre y asqueroso, presenta esta

tienda, esta cloaca de harapos, en la que todo está recogido del haren, del cuartel, de la córte, de los teatros, y espera que el capricho de un pintor ó la necesidad de un mendigo, lo saque á la luz del sol!

De largas perchas adosadas al muro, penden viejos uniformes turcos, jubones con cola de gondolrina, dormanes de gran Señor, túnicas de der-vises, capas de beduino, todo grasiento, manchado y roto, como si estuviera acribillado á puñaladas, y recuerda los siniestros despojos que van á las mesas de los Tribunales.

Entre aquellas inmundicias, brilla todavía algun resto de oro; penden viejos cinturones de seda, turbantes deshechos, ricos chales rasgados, corpiños de terciopelo, á los que parece que la mano furiosa de un ladron ha arrancado á un tiempo el pelo y las perlas, pantalones y velos, que tal vez pertenecieron á alguna bella infiel, la cual duerme encerrada en un saco, en el fondo de las aguas del Bósforo, y otros trajes y adornos de mujer, de mil risueños colores, aprisionados entre los burdos caftanes circasianos, cartucheras rugosas, largas togas negras de los judíos, la grosera casaca y el pesado manto que habrán escondido quién sabe cuántas veces, la escopeta del bandido ó el puñal del sicario.

Al declinar la tarde, á la luz misteriosa que desciende por las claraboyas de la bóveda, todos

aquellos trajes colgados, toman cierta vaga apariencia de cuerpos de ahorcado. Y cuando en el fondo de oscura tienda se ven brillar los ojos astutos de un viejo hebreo, que se rasca la frente con la callosa mano, se diría que aquella es la mano que ha corrido el lazo; y se echa una mirada á la puerta del bazar, por temor de que la hayan cerrado.

No bastaría un día de vueltas y revueltas, si quisieran visitarse todas las callejuelas de aquella extraña ciudad.

Aquí está el bazar de los fez, donde se encuentran fez de todos los países, de Marruecos y de Viena, ornados de inscripciones del Coran que preservan de los espíritus malignos; el fez que la bella griega de Smirna lleva encima de la cabeza sobre el nudo de las trenzas negras, sembradas de monedas; el birrete encarnado de las turcas; fez de soldados, de generales, de sultanes, de petimetres, de todas las gradaciones del rojo y de todas las formas, desde la primitiva del tiempo de Orkan, hasta el gran fez elegante del Sultan Mahmud, emblema de la reforma y juntamente de la abominacion de los viejos musulmanes.

Aquí está el bazar de las pieles, donde se encuentra la piel sagrada de zorra negra, que en cierto tiempo podia usar tan solo el Sultan ó el Gran Visir; la marta, con la que se forraban los caftanes de gala; el oso blanco, el oso negro, la zorra azul, el astrakan, el armiño y la cebellina

ó marta ordinaria en los que en cierta ocasion derrochó el Sultan tesoros fabulosos.

Tambien es digno de visitarse el bazar de los cuchilleros, aunque no sea más que para tener en la mano una de aquellas enormes tijeras turcas, con las hojas bronceadas y doradas, adornadas de dibujos fantásticos, de pájaros y flores, que se cerraban ferozmente, dejando en medio un hueco, en el que podría entrar la cabeza de un crítico maligno.

Allí está todavía el bazar de los hiladores de oro, el de los recamadores, el de los cinceladores, el de los sastres, el de los coperos, todos distintos entre sí en la forma y en la gradacion de la luz; pero todos iguales en esto:—¡no se ve vender ni trabajar á una mujer!—Todo lo más que puede suceder es que alguna griega sentada por un momento ante una sastrería, ofrezca tímidamente un pañuelo acabado entonces de bordar.

Los celos orientales prohíben trabajar en las tiendas al bello sexo, por estimarlas escuelas de coquetería y escondrijos de intrigas.

Pero hay todavía otras partes del Gran Bazar en las que el extranjero no puede aventurarse,

si no le acompaña un comerciante ó un corredor: son las partes interiores de los pequeños cuarteles en los que está dividida esta singular ciudad, dentro de los rinconcillos, en torno á los que giran las callejuelas recorridas por la multitud.

Si en las callejuelas hay el peligro de extraviarse, allí dentro es imposible no perderse.

Por los corredores, poco más anchos que un hombre, en los que es preciso inclinarse para no tropezar con el techo, se sale á patios, grandes como una celda, obstruidos por cajas y fardos y apenas iluminados por un rayo de luz; se desciende á tientas por escalerillas de madera, vuelven á atravesarse otros patios, alumbrados con linternas, se vuelve á bajar al subsuelo, se sale á la luz del día, se camina con la cabeza baja por largos pasillos tortuosos, bajo techos húmedos, en medio de paredes negras y tabiques peguntosos, que conducen á puertecillas secretas, de las cuales se vuelve inesperadamente al sitio de que se partió. Y por todos lados, sombras que van y vienen, espectros inmóviles en los ángulos, gente que maneja mercancías y cuenta dinero, lucecillas que aparecen y desaparecen, voces y pasos precipitados, que resuenan no se sabe dónde, y encuentros inesperados de obstáculos negros, que no se sabe lo que son, y juegos de luces nunca vistos, y contactos sospechosos, y olores extraños, que hacen creer que se discurre por las sinuosidades

de una caverna encantada, de la que no se ve llegada la hora de encontrarse fuera.

Solo por lo extraño hacen pasar por este sitio á los extranjeros para conducirles á aquellas tiendas más apartadas, en las cuales se vende un poco de todo: especie de Gran Bazar en miniatura, tiendas de traperos señoriales, dignas de visitarse por lo curiosas, pero en extremo peligrosas, porque contienen tantas, y tan extrañas y tan raras cosas, que hacen vaciar la bolsa, aun á la avaricia personificada.

Estos mercaderes de todo, bribones matriculados, se sobreentiende, y políglotas como sus compañeros de profesion, usan en tentar á la gente cierto procedimiento dramático, que divierte y que raras veces frustra los intentos de su autor.

Sus tiendas son casi todas cuartuchos oscuros llenos de cajas y armarios, donde es preciso encender luz y dejan espacio apenas para moverse.

Despues de haber enseñado algun viejo mueble incrustado de marfil y de concha, alguna porcelana china, algun vaso del Japon, el comerciante os dice que tiene cualquier cosa especial para vosotros; saca un cajon y forma sobre la mesa un monton de chucherías: un abanico de plumas de pavo, por ejemplo, un brazaletes de monedas turcas antiguas, una almohadilla de crin de camello con la cifra del Sultan bordada en oro, un espejito persa, con pintura de una escena del

libro del paraíso, una espátula de tortuga con la que los turcos comen la compota de cerezas, un viejo gran cordon de la orden del Osmanié. ¿No está allí lo que os place? Revuelve otro cajon, y este cajon es precisamente el destinado á vosotros solos. Y aparece un colmillo roto de elefante, un brazalete de Trebisonda que parece una trenza de hilos de plata, un pequeño ídolo japonés, un peine de sándalo de la Meca, una cuchara turca labrada con arabescos y calados, un antiguo narquilé de plata dorada é historiado, piedruchas del mosaico de Santa Sofía, una pluma que ha ornado el turbante de Selim III, el comerciante lo asegura bajo su palabra de honor. ¿No encontráis nada de vuestro gusto? Y revuelve otro cajon del que saca un huevo de avestruz del Sennahar, un tintero persa, un anillo damasquino, un arco de Mingrelia, con su carcaj de piel de ciervo, un casquete circasiano con dos puntas, un *tespí* de jasper, una perfumera de oro esmaltado, un talisman turco y un cuchillo de camellero. ¿Nada de aquello os tienta? ¿Por Dios! ¿No teneis que hacer regalos? ¿No pensais en vuestra familia? ¿No teneis corazon para vuestros amigos?

Pero sin duda teneis la pasion por las telas y por los tapices y aún en esto puedo servirlos de amigo.—Hé aquí un manto rayado del Kurdistan, milord; hé aquí una piel de leon, un tapíz de Alepo con clavitos de acero, un tapíz de Casa-

Blanca, de tres dedos de espesor, que dura para cuatro generaciones, yo lo garantizo; hé aquí excelencia, el viejo almohadon, el cinturon antiguo de brocado y el viejo cubrepies de seda un poco descolorido y usado, pero recamado como ahora no se recama, á ménos de pagar un tesoro. Solo á vos, *caballero*, que habeis sido conducido por un amigo, daría este viejo cinturon por cinco napoleones, y me resigno á comer pan y ajos durante una semana.

Si no os dejais tentar por nada de esto, os dirá al oido que puede venderos la cuerda con que el terrible mudo del Serrallo, estranguló á Nassuh-Bajá, el gran visir de Mahomet III; y si os reís en su cara diciéndole que no os la tragais, se la dá de hombre de ingénio y hace la última tentativa, poniéndoos delante una cola de caballo de las que se llevaban delante y junto á los Bajás; una marmita de genízaro que robó su padre, todavía manchada de sangre, el dia mismo del famoso estrago; un pedazo de bandera de Crimea, con la media-luna y las estrellas de plata; una jofaina salpicada de ágatas; un brasero de cobre cincelado; un collar de dromedario con las conchitas y las campanillas; una fusta de ennuco, de cuero de hipopótamo; un Coran encuadernado en oro; una charpa (1) del Korassan;

(1) Tahalí de cuero.

un par de babuchas de Cadina; un candelero hecho con una uña de águila; tanto, que al fin la fantasía se acalora, os asaltan los caprichos y os acomete el deseo de verter el porta-moneda, el reloj, el gaban, y gritar:—¡Tomadlo todo! ¡Cargadme!—Es preciso ser muchacho acomodado ó padre de juicio para resistir á la tentación.

¡Cuántos artistas han salido de allí arruinados y cuántos ricachos han disipado su patrimonio!

Pero antes que el Gran Bazar se cierre, es preciso aún dar la última vuelta, para ver su aspecto de última hora.

El movimiento de la muchedumbre se acelera; los comerciantes llaman con gestos más imperiosos; griegos y armenios corren gritando por la calle con un chal ó un tapiz sobre el brazo, se forman grupos, se contrata al vuelo, los grupos se disipan y se reúnen más lejos; los caballos, los carros, las bestias de carga, pasan en largas filas buscando la salida.

A aquella hora, todos los tenderos con los que habeis hablado sin ponerlos de acuerdo, os rodean en aquella semi-oseuridad como murciélagos; pónense en acecho tras las columnas, los encontráis á las vueltas, os cortan el camino y os tropiezan mirando en alto para recordaros con su presencia

tal cual tejido; y hacer nacer de nuevo vuestros deseos.

Al volveros, veis un ejército detrás: si os deteneis, se paran; si doblais una esquina, os siguen; si os revolveis alrededor, encontráis diez ojos dilatados y fijos que os comen vivo.

Mas ya la luz falta y la muchedumbre desaparece. Bajo la ancha bóveda resuena la voz de algun *muezin* invisible que anuncia el crepúsculo desde un alminar de madera; algun turco extiende el tapiz ante la tienda y murmura la oración de la tarde; otros hacen las abluciones en las fuentes. Ya los viejos centenarios del bazar de las armas han cerrado las grandes puertas de hierro: los bazares pequeños están desiertos, los corredores se pierden en las tinieblas, las embocaduras de la calle parecen bocas de caverna, los camellos se os echan encima de improviso, la voz de los vendedores de agua mueren bajo las lejanas arcadas, las tureas aprietan el paso, los eunucos aguzan los ojos, los extranjeros escapan, la puerta se cierra: ¡el día ha terminado!

Y ahora, oigo que se me pregunta por todas partes:—¿Y Santa Sofía? ¿Y el antiguo Serrallo? ¿Y el palacio del Sultan? ¿Y el castillo de las Siete Torres? ¿Y Abdul-Aziz? ¿Y el Bósforo? Todo lo describiré y con toda el alma; pero antes es preciso vagar todavía un poco por Constantinopla, cambiando de argumento á cada página, como se cambia aquí de pensamiento á cada paso.

LA LUZ.

Y antes que nada, ¡la luz! Uno de mis placeres más vivos en Constantinopla, era ver levantarse y ponerse el sol, hallándome sobre el puente de la Sultana Validé.

Al alba, en otoño, el Cuerno de Oro está casi siempre cubierto de ligera niebla, á través de la cual se ve la ciudad confusamente, como á través de aquel velo blanco que se corre en el palco escénico para ocultar las burdas tramas de una escena de magia y de gran espectáculo.

Scutari está completamente cubierta: no se distinguen sino los contornos oscuros é inciertos de sus colinas. El puente y la ribera, desiertos... Constantinopla duerme: la soledad y el silencio forman el espectáculo más solemne. El cielo comienza á dorarse junto á las colinas de Scutari. Sobre aquella línea luminosa se dibujan una á una, precisas y negrísimas, las puntas de los cipreses del vastísimo cementerio como ejército